



“vivencias en los talleres”

Discurso de entrada en la Academia de
Ciencias, Artes y Letras de Huelva a cargo
de JUAN CARLOS CASTRO CRESPO

dieciocho de mayo de 2006 - Casa Colón - Huelva

No pertencí al club selecto de los niños del centro. Nací en la periferia, entre la antigua carretera de Sevilla y las Huertas que conformaban, por aquel entonces, la zona de Isla Chica. Allí viví durante catorce años, en un entorno saludable, libre y, por tanto, feliz...

En el recuerdo, una escena en la que aparecen mis padres en la mesa camilla, desnuda, bajo una lámpara de plato que iluminaba toda la habitación-taller. Acompañaba la estampa algún programa musical que procedía de una radio enorme con línea neogótica en madera y muchas manos de barniz.

Sobre la mesa, moldes pesados de escayola, que recibirían en sus huecos o negativos capas de papeles con engrudo. Las sumas de capas de papel y cartón mojado y encolado irían consiguiendo la consistencia deseada. Yo mismo me veo participando en esta "escena", sin saber que estaba jugando a encajar en el engranaje de una factoría pequeña en la que se fabricaban muñecos de cartón piedra.

Mi padre, los sulfataba, lijaba, pintaba, barnizaba, como si de una cadena de montaje se tratara.

Mi madre les ponía pelucas, las peinaba, las vestía y envolvía en papel de seda, antes de presentarlas en cajas, a la tienda de artesanía, en la calle Concepción.

Todo un ilusionante negocio, nada próspero, que se aparcaría por falta de demanda o como se diría hoy de infraestructuras y marketing.

Sobre la mesa otra vez la misma mesa de Taller, me veo pintar manchando y dibujar garabateando un Atlas de mi abuelo Patricio en formato horizontal, que debía estar a mi alcance y que me supuso recibir la primera bronca de mi abuela Isabel.

Curiosamente, bastantes años después, en 1998, con la misma "técnica" realizaría la serie "legajos" obra sobre papel, con destino a la Habana, expresamente para la sala Dulce María Loinaz en la embajada española en Cuba.

En esta colección hago uso de legajos, encontrados, casualmente, entre paredes, en la casa de Charo, mi mujer, en Córdoba. Resultaron ser legajos del tiempo de la guerra de Cuba, y que, también manipulé con manchas y grafismos como el Atlas de Patricio.

“El hombre con chistera” única habilidad gráfica de mi madre, aparece como logotipo fijo de mi infancia.

El amarillo más azul proporcionaba un acontecimiento milagroso.

Recuerdo cuando mezclaba los restos de tubos de plomo de la marca Zuluaga. El resultado obraba en mis diminutas manos, y en la ropa. ¡Todo Verde!

Mi padre pintaba en la marquesina de casa, con paleta amplia y curva, gran mostacho y cachimba.

En el colegio José Antonio, pronto fui “liberado” de los quehaceres del grupo para dedicarme a realizar murales que así lo llamaban y no eran otra cosa que trabajos plásticos, contextos encaminados a ensalzar, gestos y consignas del Movimiento Nacional.

La cabecera tenía nombre propio “PROA”, sesiones, siempre políticas y religiosas, algún chiste y, como colofón, alguna efeméride.

Dibujos a plumilla del Caudillo y José Antonio. Águilas, Cangrejo con tinta de colores que hacía, disolviendo en agua, pastillas químicas, en botes vacíos de penicilina.

Por la tarde, después de las clases regladas, la “Permanencia”, clases de pago con las que se preparaban los primeros años de bachillerato. Eso sí, antes había que alimentarse, haciendo cola marcial para tomar la leche en polvo y queso americano.

Cajas de acuarela Pelikán de dos pisos y veinticuatro pastillas de colores que mi padre me compraba, cada 24 de junio, en la papelería inglesa, y que el “Capitán” envolvía cuidadosamente antes de gastarme alguna broma.

La calle siempre fue divertimento total. Jugaba al fútbol delante de mi casa, modelaba con lama del “monturrio”, o de las cunetas cercanas a Palomeque.

Nada había que estropear.

Todo estaba por hacer.

El Capitán Trueno, Crispín, Ingrid, Goliat.

Un soldado americano en la jungla de Birmania, en blanco y negro, plumilla, sin tramas, todo hecho a mano, era “Hazañas Bélicas”, dibujaba, por quien sería amigo personal, años más tarde, Alan Doyer.

Y entre cómic y cómic nos trasladamos de Isla Chica a la Merced.

Me costó hacer amigos en el nuevo barrio.

Me llevaba tiempo en el estudio, descubriendo pequeños gestos o guiños físicos.

Por aquellas fechas, descubrí, fortuitamente, que el limón, de amarillo, desprende un aurea a su alrededor rosa violáceo, un hallazgo que creí haber descubierto y que, en algunos años, después vi que este fenómeno venía recogido en el libro "Interacción del color" de Joseph Albert investigador y artista del grupo alemán de la Bauhaus.

En dicho libro, se estudia la acción y reacción del color, la complementariedad y la temperatura de los colores. Albert y los fauvistas hicieron que me apasionara por el color: la mezcla en tu ojo y no en la paleta. Todo esto me llevó a encerronas llenas de disfrute y ensoñación. Luego llegarían las manchas brutales del color de Andy Warhol.

A este ritmo cromático y apasionante. Le seguiría una paleta moderada tendente al uso de tonos tibios, "grises" y "tierras" propias del movimiento Póvera, que por un tiempo seguí.

El engrudo, las onzas de cola negra de Carpintero, blanco de España, Barnices, Aballalde, Tarlatana, Celofán, Pigmentos....

Botica o Cocina, con las que crecí entre talleres dónde se realizaban las cabalgatas.

De todo ellos acaparé información, aunque mínima, por la mínima edad que entonces tenía, pero suficiente para instalar en mí el chip del interés, por el hecho de la creación, sin desestimar, lo noble del oficio.

Me familiarizo con el medio y empiezo a realizar pequeñas piezas de barro, le saco moldes, dibujo, piezas, grandes para plantillas en madera, hasta que mi padre me confió algunas carrozas, que remato totalmente para las que se precisa algo más que oficio.

La inmediatez, la carencia de tiempo y la economía maltrecha de los años 60 hace agudizar facultades para improvisar, convirtiéndose dicha actitud en condición fundamental de mi obra.

La tramoya de los talleres en los que se ponen en valor, lo referente a la fantasía, llenos de imaginación, han ido enriqueciendo mi archivo de recursos para tirar de estos y realizar mi obra plástica.

En mi dormitorio, un cartel de los Beatles.

La cabeza contracta en blanco y negro de Martin Luther King, en TV y con interferencia.

Kennedy es abatido en su coche. Veo a cámara lenta como cae hacia atrás desvanecido.

Desde estos momentos, intercalo mi trabajo de apoyo en el Taller Municipal con la obra plástica personal.

El uso de abundantes materiales, en la etapa de aprendizaje, me sigue influyendo en la obra de caballete, aunque el siguiente paso sería desvincular progresivamente tanto medio para la expresión que pretendía.

En esta época realizó la primera exposición en el Hotel Tartessos, de la mano de José Luis Ruiz.

Recuerdo títulos como "Cuadrilla", "Embrión", "Desahucio"... Todos óleos sobre tabla.

El cuadro "Cuadrilla", de gran formato, lo doné al Museo Taurino de Huelva. El museo pasó al abandono y el cuadro desapareció.

Entre obra y obra. Sigo estudiando en el Instituto la Rábida, donde acabé preuniversitario, trasladándome a Sevilla.

Pinto cuadro "Cariátides" y me hago con mi primer premio universitario concedido por el Ayuntamiento sevillano en 1971.

Nada más llegar a Sevilla, una de mis primeras visitas fue al Museo de Arte Contemporáneo, edificio amplio de tres plantas de ladrillo visto, recién restaurado por el estudio de Chaparro junto al Archivo de Indias.

En la segunda planta, toda diáfana y con luz exterior, colgada una muestra Pablo Picasso -aún vivo-; quiero recordar que la exposición contaba entre otros cuadros con la serie "El pintor y la modelo".

El encontrarme ante obras de Picasso fue como tocar el séptimo cielo.

A mis 20 años, lleno de ignorancia, pero con muchas ganas de "comer" arte, la muestra fue impactante.

Observé el dibujo, el color, la composición.; La textura despreocupada, como era propio en el maestro, pero abruptamente en un ángulo de la obra, ese empaste-óleo exuberante, era tan gordo que me tentó el presionar, percatándome, -claro está- de que no hubiera presencia física del del vigilante por la sala. Del pegotón amarillo de corteza arrugada, salió tímidamente un hilo de óleo tan fresco, como cuando se pintó la obra, y yo, sin corte alguno, y sin pensar en la salvajada que cometía, impregné el dedo índice; a modo de pincel redondo, lo posee y, restregándole sobre iris negro de la modelo, le di luz.

Perdóneme, Sr. Picasso. Fueron los veinte años, la veneración que le mostraba y las tremendas ganas, que me provocó pintar un cuadro con usted.

Tercera planta, habitación 44. Residencia de estudiantes de la Puerta de la Carne, frente a los jardines de Murillo. Habitación color "garbanzo" con zócalos altos en color marrón, oscuro y brillante, abollonada por la persistente humedad. Techos alfísimos con bombilla, solitaria bajo largo cordón forrado de tela trenzada. Lavabo-caballote de formas curvas con manchas de óxido que resbalaban desde el grifo hasta el sumidero sin cromo, puro, metal bronce, agotado por la limpieza de los años.

Allí pinté toda la obra "Miriñaques", que nació del concurso universitario, convocado por Entrecanales, con destino decorar espacios interiores del nuevo aeropuerto de la ciudad. Obtuve el segundo premio, entre el alumnado de B.B.A.A. aun cuando no era alumno oficial de esta. El mural premiado estaba destinado a llegadas internacionales. En la actualidad y tras la obra de remodelación realizadas por Rafael Moneo, mi obra cuelga en uno de los despachos de dirección.

De este estudio-habitación salieron muchas obras: serie "Maletas", serie "Cinematografías", en la que aparecían obras con clara alusión a Fellini, Kubrick, todas ellas se expusieron en galerías del Barrio de Santa Cruz, entre ellas, las de Alvaro, Don Manuel, Al-Wasiti, Melchor, R. Ortiz....

También salieron de este mismo espacio y tiempo las cruces, en resina que realicé para las imágenes del Gran Poder de Juan de Mesa y la del Cristo de Pasión de Martínez Montañés, ambas imágenes señeras en Sevilla.

En plena fiebre "por conocer" leo a Ortega, Sartre y Kafka, aunque debo confesar que siempre terminaba leyendo a Machado, Salinas y, años más tarde, a Pablo García Baena, a quien conocería en el taller de Miguel del Moral, pintor del grupo Cántico y heredero de la pintura-retrato cordobesa que iniciará Julio Romero de Torres.

Mientras vivía en Sevilla, trabajé en los talleres de los Reales Alcázares.

Recuerdo entrar por el patio de Banderas y después de atravesar la calle de carruajes de pavimentos en empedrado, accedo a la cabecera de los jardines hasta llegar a los Talleres de Restauración.

En el camino han quedado parterres, setos de arrayanes y grandes buganvillas.

El interior del Taller, muy luminoso, repleto de obras de artes, algunas muy conocidas, otras en proceso de limpieza o restauración, siempre bajo la atenta mirada de Francisco Peláez del Espino, catedrático y restaurador del Patrimonio Nacional, que formó un equipo con alumnos de arquitectura y B.B.A.A. con los que acometería empresas de gran envergadura. Plantillas por las paredes, moldes fotografías y radiografías, con los que, se ponía remedio a diferentes patologías de imágenes y cuadros.

En este tiempo aprendí mucho, colaborando estrechamente en la realización de mascarillas y moldes de látex para obtener positivos en resinas de piezas únicas en la cultura popular andaluza.

A los autores del Barroco sevillano, que pasaron por el Taller, se le sumarían artistas de otras épocas, como Lorenzo Mercadante de Bretaña, con varias piezas deterioradas en terracota que procedían de las puertas góticas abocinadas de la catedral de Sevilla.

En un rincón del Taller, en el almacén, donde solía trabajar, un par de cajas de madera guardaban en riguroso secreto; penes de escayola, que pertenecían a otras tantas estatuas de instituciones públicas y religiosas. Dichas figuras habían sido mutiladas por la rigurosa censura eclesiástica del Cardenal Segura y, esperaban ser restituidas a través de cirugía plástica, junto a estas cajas se reproducían bustos del Rey Juan Carlos, para cubrir desde B.B.A.A. la demanda escultórica de mandatario, a marchas forzadas.

Era la transición. Dos tiempos, dos maneras de vivir plásticamente la cultura de un pueblo.

Hare Kkrishna y su mancha naranja azafrán sonora y bulliciosa.

El Guernica llega a España.

En mi dormitorio: el cartel de John Lennon, publicitando Imagine.

Mientras ando con cuadros acuestas los dedos morados por el peso en el acarreo. Lienzos como velas. Imposibles de mover en día de viento. Cuadros transportados en las bodegas del autobús, ambulancias, coches, fúnebres, cuadros que vuelan en avión, o atraviesan el Atlántico en barcos. Cuadros con collages dejados en el estudio del fotógrafo Cano en la calle San José de Sevilla y este despega, los collages, argumentando que se habían pegado al barniz cuerpos extraños. Cuadros que desaparecen en aduanas; cuadros que me sacan de apuros; moneda de cambio para pagar consultas médicas, cuadros que agradecen; cuadros que contribuyen a ONGS o causas sociales. Cuadro que tapa hueco a modo de lápida donde reposan mis padres; cuadros que viajan a Finlandia, Génova, Wisconsin, Bruselas, Caracas, Nueva York, Fráncfort, La Habana.

Eric Clapton, en concierto son mientras preparo unos soportes.

Las tierras de Tapies me emocionan.

El paso por la facultad, rápido, muy rápido, hizo que pudiera realizar la carrera de cinco años en tan solo uno. Mucho trabajo y trasiego.

Simultaneaba tres exámenes al mismo tiempo tres clases en hora y media.

Conocí a M. Pérez Aguilera, catedrático y magnífico docente, del que aprendí el dibujo al natural.

Con Carmen Laffón, comprendí la sutileza del color.

Inauguró en la Galería Altex, mi primera exposición en Madrid, el propietario de la Sala de Arte, Rodríguez Sahagún, me presentaría la familia de Vázquez Díaz, conociendo las colecciones del maestro, tanto de su nieta Laura como la del que fuera alcalde de la capital madrileña.

Siempre, y de forma conceptual, he apostado por la tendencia a lo nuevo y nunca, por el contrario, me he conformado con lo conseguido.

La apuesta por "lo sin hacer" o por "la modernidad", la entiendo como necesidad imperiosa. En mi ciudad siempre se respiró aire conservador, nunca corrieron aires nuevos, salvo alguna excepción.

En esto de la creación, como no te entregues a desarrollar discurso propio y evoluciones a partir de una idea embrionaria, te vuelves pasado, te repites o te integras en el inmovilismo, tan atractivo para un sector importante.

Joaquín Sabina me acompaña la Colección “Transparencias”.

Entiendo que es bueno ver mucho, ver lo que hacen otros, sin embargo, es hartito difícil crear y sustraerte a lo visto o aprendido.

Es fácil caer en el eclecticismo, cuando tu ojo joven lo ve todo y lo roba todo.

Obra tras obra, se va adquiriendo valores estructurales, textuales, cromáticos, gráficos anaformes, que darán estima y seguridad en la dura travesía de la creación hasta un desarrollo infinito de la obra.

Caen las Torres Gemelas de Nueva York y me conmociono.

Cierro las puertas, maineles y ventanas del estudio, corre viento de Levante y la contaminación me mata.

Pinto en el Taller amplio y luminoso de paredes curvas, que diseñó Pepe Álvarez Checa. En Pedro Gómez.

¿Os habíais fijado en el nombre de la calle? Pedro Gómez, pintor del Conquero. Y de los cabezos ocre anaranjados. Él plasmó el cabezo mejor que nadie en pequeñas tablas o grandes formatos en lienzo. Le sacó partido a esta topografía tan irregular. Hoy se niega la singularidad de los cabezos, molestan, no se les pone en valor, falta ni ideas. Yo defiendo aquí ahora la personalidad de mi ciudad, con un solar ideal y diferente, al que no se le sabe sacar partido.

Tras recorrer las cortinas del lucernario y dejar de ver las crestas del cabezo, me dispongo a pintar sobre un soporte en el suelo.

Lacrimosa del Mozart suena machaconamente, al menos cien veces, suena como si de un mantra se tratara. Todo este milagro sinfónico para preparar “Animal de fondo”, con destino al Museo Contemporáneo de Almonte.

Las pulsaciones se hacen ligeras, como las de un ciclista, escalando un puerto. El silencio y el aislamiento son circunstancias buscadas para entrada a lo más íntimo de la creación.

El hecho de la creación no entiende del parámetro tiempo.

Cuando estás creando, no eres consciente de lo que haces paralelamente.

Si fumas, se te va el cigarrillo sin darte cuenta.

Dejas de ser buena persona o mala persona.

No soy individuo, me transformo en otra cosa. Yo diría que levito.

La pintura y el individuo crecen juntos en una simbiosis bien avenida, de manera que influyen mutuamente en paralelo.

El ánimo, la rutina, la suerte o la crisis van de la mano y se identifican en idoneidad en cada espacio; el humano y el plástico.

Al periodo de adolescencia le corresponde, un momento creativo de incertidumbre y balbuceos experimentales, arrepentimientos y, sobre todo, de “querer ser”.

Al periodo de asentamiento, le corresponde un estudio igualmente de inquietud y vehemencia creadora, así como la instalación en la estima propia, aunque siga con el rabillo del ojo, puesto en mis inconfesables maestros admirados y, por qué no, envidiados.

La época de madurez -que aún no creo conocer-solo debe tener de “sobrado” la edad que marca mi DNI, pues nunca se viene de lo creativo siempre el camino es de ida, ilusión, aprendizaje y de ingenuidad, en la capacidad de sorpresa e impresión que debe tener el creador en todo momento.

El ánimo positivo de la creación es el motor del artista.

El estudio está impregnado de olores; aguarrás, barniz dammar, secativo de cobalto y en ocasiones huele a almizcle que me trae Ben Yesef, amigo de la judería cordobesa.

Me acerco a un rincón del Taller; amplia mesa y un fregadero de ancho sumidero, allí la brocha impregnada en tonos y aceites se despoja del óleo fresco, en el tarro de las esencias... trementinas. Luego, un frotado violento sobre el jabón verde cáustico hace reaparecer de nuevo, la cerda limpia y flexible.

Preparo un soporte con papel Canson de 300 gr. Lo encolo y grapo. La superficie tensada por las cuñas escaleras del bastidor de pino Flandes, me ofrece un espacio blanco, solemnemente vacío, que impone, intimida, no sé cómo tocarlo, no sé cómo llamarlo, si de tú o de usted...

Una salpicadura, una pequeña mancha de aguarrás levemente sucia-teñida, me empieza a marcar el comienzo de camino.

Un esbozo sutil de grafito, una veladura ultramar... y ya empiezo a tratar a soporte como si de toda la vida lo conociera.

Otro guiño de empaste, un collage, una mancha contundente...

Y cuando la brocha deja caer-resbalando materia densa sobre el soporte, este se entrega ya me pertenece. Soy yo mismo.

Ya no existe tú y yo. Somos una misma cosa.

ETA anuncia una tregua permanente. Se hace el color en el estudio. Hoy mezclo los colores de la vida.

La razón de ser de todo el aprendizaje, así como el bagaje experimental en torno a la creación, siempre ha sido dejar paso a la irrefrenable fuerza de los sentidos y con estos a la emoción.

Sin sentimientos no se crea, no se hace arte que emocione.

El arte sin emociones, oficio.

El oficio es aprendizaje.

El ser receptor de sentidos es genética heredada.

Cuando una obra dialoga contigo, te catapulta a otra dimensión, sientes algo que ni tú mismo sabes que es... La obra te transmite sentimientos que te elevan.

Pero tú, has debido prepararte para captar los matices y guiños que te hace la obra permanentemente.

La puerta de la CASA-HOMBRE-RECEPTOR, se abre de par en par y transitan los enlaces químicos que nos generan los sentidos, transformándolos en emociones que se activan, cuando:

- estás delante del arte
- o estás haciendo arte
- o estás comiendo arte
- o estás enseñando arte
- o estás hablando de arte.

Muchas gracias,

